

January 2006

La Universidad de La Salle: comunidad educativa de intelectuales católicos

Hermano Fabio Humberto Coronado Padilla. Fsc.
Universidad de La Salle, Bogotá, fcoronado@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Coronado Padilla. Fsc., H. H. (2006). La Universidad de La Salle: comunidad educativa de intelectuales católicos. *Revista de la Universidad de La Salle*, (42), 51-62.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

La Universidad de La Salle: comunidad educativa de intelectuales católicos¹

Hermano Fabio Humberto Coronado Padilla. Fsc.²

*“Confía en Yahvé de todo corazón
y no te fíes de tu inteligencia;
reconócelo en todos tus caminos
y él enderezará tus sendas.
No presumas de sabio,
teme a Yahvé y evita el mal”.*
(PROV. 3, 5-7).

Siguiendo con la línea de reflexión que se inició en el número anterior de esta revista, quisiera poner a consideración de la comunidad científico-académica de nuestra universidad un segundo tema, el de los intelectuales católicos, el cual hace parte de los “Apuntes de Conferencias”. Dichas notas han sido reelaboradas expresamente de forma escrita una vez presentadas de manera oral ante distintos auditorios, quienes con sus cuestionamientos y comentarios han contribuido indirectamente a su reformulación.

Principiamos la exploración guiados por las preguntas: ¿Qué significa ser un intelectual? y ¿Tiene algún sentido el ser un intelectual católico hoy? Nos arriesgamos a desempolvar un tema que algunos consideran fuera de época, otros irrelevante para la sensibilidad contemporánea y no pocos le atribuyen connotaciones negativas, dadas las posiciones conservadoras y ultra conservadoras asumidas por intelectuales católicos en otras latitudes. Sin prejuicios brindémosles la oportunidad de pensar si él es todavía pertinente al inicio del tercer milenio y, dado el caso, tomemos conciencia de nuestro ser y quehacer de intelectuales católicos y de su importancia en el ejercicio de un liderazgo responsable con la construcción del nuevo país. Nuestra inquietud nace y toma cuerpo al considerar el lasallismo desde una perspectiva universitaria, esforzándonos por abordarlo con nuevas miradas.

En el imaginario de San Juan Bautista De La Salle, al soñar con un cuerpo de profesores, los soñó como testigo de su

fe en medio del mundo de la ciencia y la cultura de su época. El Fundador fue un intelectual católico comprometido con la transformación de la sociedad de su tiempo. Tuvo la posibilidad de acceder al nivel más alto de la Educación Superior en el siglo XVII obteniendo su grado de Doctor en Teología su producción escrita testimonia sus inquietudes y “líneas de investigación”, en las cuales conjugó sus reflexiones teóricas y científicas con una fe a toda prueba y una práctica pública comprometida con los desheredados de la fortuna, lo cual le acarreó persecuciones tanto del gremio de educadores de la época, como de los poderes civiles y eclesiásticos del momento. En el imaginario de De La Salle eran inseparables fe y ciencia, cultura y evangelio, compromiso con la educación y servicio a la sociedad.

¿Cómo concretizar hoy este imaginario del Fundador en el mundo de la Educación Superior? Sin duda la inspiración lasallista de la Universidad conlleva como uno de sus objetivos fundamentales el promover la evangelización de la cultura y la pastoral de la inteligencia en el contexto del diálogo entre fe-ciencia, fe-cultura, y el liderazgo e identidad del inte-

¹ Apuntes de las conferencias pronunciadas durante la cohorte final de los CPL (Cursos de Pedagogía y Lasallismo) Niveles I – II y III para Docentes. Universidad de La Salle. Bogotá. 7 a 12 de junio de 2006.

² Director del Departamento de Formación Lasallista de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: fcoronado@lasalle.edu.co

lectual católico como seglar comprometido.³ Una universidad es lasallista si, además de educar en nuestros valores, favorece, entre otras y sin ser excluyente, el surgimiento de comunidades científico-académicas en donde los intelectuales católicos junto con otros intelectuales y, de igual a igual, concretizan ambientes en donde toman fuerza sus ideas y proyectos.

Antes de continuar con el desarrollo de este segundo tema de la serie, quiero volver a dejar constancia de su intencionalidad, la cual no es ser original y creativo, tan solo tomar ideas prestadas de allí y de allá de cuyos dueños doy crédito en la bibliografía adjunta y a la cual remito a los lectores que deseen ampliar y profundizar los pensamientos acá expuestos. La meta es poner sobre el tapete de la discusión algunos temas propios del lasallismo releídos desde una óptica netamente universitaria. Nuestro aporte no va más allá de una presentación sistematizada y enriquecida con las contribuciones de los auditorios que tuvieron la gentileza de oír y debatir nuestros puntos de vista. A ellos también doy el crédito de las ideas acá reseñadas. Tanto los unos como los otros son los verdaderos autores de este escrito.

APUNTES PARA COMENZAR LA REFLEXIÓN

Los avances en la comprensión del ser humano han llevado a desarrollar, entre otras, la teoría de las inteligencias múltiples. Cuestión que aparentemente derrumbaría un planteamiento actual sobre el ser del intelectual, si este se sigue entendiendo como razón, como intelecto únicamente, pues el concepto de intelectual hacía relación a una especie de sabio en alguna de las ramas del saber, que descollaba por sus aportes a la misma y para quien lo demás no contaba. Era pura cabeza, pura razón, pura ciencia. Hoy esta posición se encuentra revaluada. No es que desaparezcan los intelectuales del escenario público, por el contrario, su perspectiva se ha enriquecido pues sus posibilidades de comprensión son múltiples, ya que se habla de inteligencia emocional, de inteligencia espiritual, etc. Visiones que permiten ver la figura del intelectual como una persona más integral y armoniosa, que a la vez que cabeza, es corazón, es relacionalidad, etc. La multiplicidad de las inteligencias reafirma al intelectual como aquel que vislumbra y teje, precisamente, todas esas inteligencias. Ser hoy intelectual es más plenificante y realizante que antes.

Ana Arendt afirmaba hacia 1948 que: "El anti-conformismo social, como tal, ha sido siempre y será el distintivo de los intelectuales...; para un intelectual, el anticonformismo es casi la condición *sine qua non* para su realización" (Cruz, 1992) y su aseveración continúa hoy siendo vigente. ¿O no es acaso lo que mueve a los intelectuales la mística del arqueólogo? Aquella pasión y curiosidad que los lleva a no contentarse con el muro

descubierto, sino a preguntarse si detrás existe algo más, tumbarlo y seguir buscando. El arqueólogo es inconforme ante lo que ha descubierto, vuelve a buscar donde otros ya han explorado. Gracias a este espíritu arqueológico se han hecho grandes descubrimientos. Basta el ejemplo de la tumba de Tutankamon para ilustrar lo dicho. El intelectual nunca está satisfecho con lo que la sociedad ha logrado. Siempre estará problematizando, interpelando, no dejando tranquilo.

Hoy en algunos círculos académicos se cuestiona el rol del intelectual en solitario quien por su tarea científica, humanística o literaria, o por sus posiciones ante la realidad, aparecía ante la sociedad como el garante emblemático de aquellos que no eran escuchados. Él con su prestigio mantenía en tensión a la sociedad. Parece que es más del gusto contemporáneo el hablar de "los intelectuales" como aporte de un colectivo, como toma de posición grupal para que su fuerza y su influencia tengan más eco en la misma sociedad: "La era de las grandes personalidades intelectuales ha quedado atrás: la palabra la tienen hoy los grupos" (Weiler, 1975: 25). Habría que pensar la validez tanto de una posición como de la otra, la del intelectual gremio como la del intelectual aislado.

Para Gramsci (1929), pensador marxista de la Italia de principios del siglo pasado, en sus escritos, especialmente en los Cuadernos de la Cárcel: "Restituye a la inteligencia el papel que le corresponde. No solamente centra su atención en las élites intelectuales, como vanguardia de las clases oprimidas, sino que afirma con acierto que todo hombre es un intelectual, afirmación que se torna más existencial en el mundo contemporáneo, dada la extensión de las sociedades desarrolladas donde el alfabetismo es el común denominador. Ello no significa que los hombres se tornen más "inteligentes", pero sí que su capacidad de conocimiento ha sido estimulada por el contacto con el inmenso mundo de las comunicaciones y de la educación" (Quintana, 2000: 18).

Para este autor el asunto del intelectual individuo o colectivo no es una cuestión relevante, lo importante es su protagonismo comprometido con la transformación de la sociedad, es secundario una acción personal o grupal, lo destacable es su compromiso con la realidad para cambiarla. Un intelectual orgánico que se involucra y compromete desde y con la realidad, la piensa, la conceptualiza y con esto la transforma.

³ El nuevo Estatuto Orgánico de la Universidad de La Salle en su numeral quinto enuncia como uno de sus objetivos el siguiente: "H. Promover la evangelización de la cultura y la pastoral de la inteligencia en el contexto del diálogo de ciencia y cultura y razón y fe, y la IDENTIDAD Y LIDERAZGO DEL INTELLECTUAL CATÓLICO como seglar comprometido en la construcción del país".

Independiente de las posiciones reseñadas, lo que sí es posible constatar a lo largo de la historia es que el ser intelectual es una vocación, entendida esta como disposición y tarea, como talento innato y esfuerzo personal para desarrollarlo a lo largo de la vida. Existen intelectuales como músicos, empresarios o deportistas. Hay mucho de predisposición natural y todavía más de educación y desarrollo personal.

Esta vocacionalidad a la intelectualidad es universal y se concretiza dentro de opciones políticas y/o religiosas. Por eso es posible hablar de intelectuales católicos así como lo hacemos al referirnos a los intelectuales marxistas o de otro cuño. Independientemente del adjetivo que se le agregue, el talento de los intelectuales se desarrolla privilegiadamente en las universidades y dentro de ellas más específicamente en las comunidades científico-académicas.

LOS INTELLECTUALES Y LAS COMUNIDADES CIENTÍFICO-ACADÉMICAS

Nos proponen Marieta Quintero y Alexander Ruiz (2005: 55) que plantear la idea de las comunidades científico-académicas “implica reconocer la existencia de grupos de investigadores organizados, principalmente, en torno al accionar investigativo; docentes-investigadores dispuestos a reflexionar, sustentar sus enunciados teóricos, establecer disensos e incidir en algún modo en la dinámica de la sociedad” por tanto hablar de comunidades científico-académicas es una forma de referirse al modo en que se conforman y actúan las comunidades de investigación en educación.

Los autores hacen eco en su libro a la noción de comunidad científica propuesta por el físico norteamericano Thomas Kuhn (1982,1985) y afirman que es “la actividad realizada por un grupo de investigadores capaces de argumentar, con el propósito no sólo de defender sus hipótesis investigativas, sino de disentir cuando en situaciones de conflicto sus propias concepciones se ven afectadas. Se trata entonces de un sentido de comunidad que va más allá del logos científico-técnico; se trata de concebir las comunidades académicas como comunidades científicas de comunicación” (Quintero y Ruiz, 2005: 61).

Desde esta perspectiva, una comunidad científico-académica está conformada por docentes investigadores y por grupos de investigación que realizan su trabajo alrededor de objetos de estudio y enfoques de investigación claramente definidos. Dichas comunidades se comprometen con tres tareas interrelacionadas: acciones o labores investigativas con reconocimiento nacional e internacional, acciones de socialización de los resultados de la investigación y acciones de formación de nuevos investigadores.

Intelectuales y comunidades científico-académicas no se oponen entre sí, por el contrario, se complementan mutuamente hasta la difusa frontera del necesitarse el uno al otro. En la práctica, el ambiente donde se concretizan y toman fuerza las posiciones y proyectos de los intelectuales son sus grupos de referencia y pertenencia. Aún más, es hoy más adecuado referirse a redes de pertenencia, que a grupos aislados. El mundo del conocimiento es una red de redes que sobrepasan personas, grupos, instituciones y naciones. Dentro de ellas los intelectuales son catalizadores y con sus posiciones de frontera mantienen en tensión no solo el pensamiento, la opinión pública, sino las mismas búsquedas científicas.

Las tendencias contemporáneas conllevan para los intelectuales y para las comunidades científico-académicas redimensionamiento de su ser y quehacer, por ejemplo: la globalización las lleva a participar de redes internacionales vía Internet y entrar en la competencia del conocimiento internacional; la búsqueda afanosa de la calidad las lleva a preguntarse por la definición y sentido del concepto de calidad que promueven y pretenden alcanzar; las transformaciones pedagógicas los impelen a volver a ser estudiantes de la pedagogía y la didáctica para estar a tono con el mundo contemporáneo y las nuevas generaciones; y pensar en la formación universitaria como emprendimiento es volver a pensar sobre el sentido y misión de la tarea que realizan al interior mismo de las universidades.

De igual manera, las transformaciones que experimenta la universidad colombiana retan a los intelectuales y a las comunidades científico-académicas, entre otras cosas, a un debate ético sobre las cuestiones propiamente científicas que desarrollan y si estas contribuyen al progreso del país; a trabajar por la democratización del conocimiento para que a este tengan acceso las poblaciones menos favorecidas de los bienes de la fortuna; a no dejarse manipular por las leyes del libre mercado posicionándose críticamente ante ellas; y a idear maneras nuevas para que las tecnologías de la comunicación no terminen siendo para unos pocos y sus inmensas posibilidades terminen relegadas a unos cuantos estratos privilegiados de la población.

¿DÓNDE ESTÁN LOS INTELLECTUALES?

La imagen de la portada de la revista que tiene entre sus manos y los fragmentos de la misma que acompañan este artículo constituyen una escena pintada por Hung Wu, donde se ilustra la quema de libros y la ejecución de intelectuales que contradecían la doctrina de Qin Shihuang “Primer Soberano Emperador”, dinastía Qin (221-207a.C.). El gobierno de Qin Shihuang estuvo influenciado por sus consejeros: filósofos legalistas para quienes el sistema legal y no las cualidades de

los gobernantes, era la causa primera de los éxitos y fracasos del Estado. El nuevo emperador ordenó la quema de libros y la persecución de las doctrinas distintas a la legalista. Se estima en más de cuatrocientos la cifra de intelectuales confucianistas asesinados por los funcionarios de este emperador (García, 2006: 25 - 30).

Hemos escogido a propósito tal imagen de la antigüedad China como elemento visual de contraste que nos permitiera abordar e introducir de manera pictórica la temática de este artículo. Las posiciones que los intelectuales asumen frente a los gobernantes de turno y, por ende, los libros que escriben se tornan en objetivo que hay que eliminar a toda costa. Son peligrosos para la continuidad del orden establecido. De la pintura nos interesaba destacar el hecho ideológico subyacente, que los intelectuales a lo largo de la historia en las diferentes culturas y países han sido protagonistas destacados del acontecer social.

En este orden de ideas, un columnista en uno de los diarios capitalinos pensando en Colombia se preguntaba ¿dónde están los intelectuales? Y, días después, otro le respondía: en las universidades. También nosotros podríamos interrogarnos ¿dón-



de están los intelectuales católicos? y desprevenidamente contestar: pues en las universidades católicas. Pero... la cuestión no es tan simple como aparentemente pareciera ¿En verdad ese cuerpo élite de la sociedad colombiana existe? y de existir ¿por qué su protagonismo es tan vaporoso? Los intelectuales en general y los intelectuales católicos en particular parecieran brillar por su ausencia del panorama nacional, o será que han cambiado sus manifestaciones públicas. Examinemos algunas posibilidades:

A. Somos una generación de bobitos: la expresión la recoge Gabriel García Márquez en 1954 en uno de sus primeros reportajes “Los elementos del desastre” (Márquez, 1997). Entrevistando a Álvaro Mutis, que en aquel entonces era jefe de relaciones públicas de la “Esso” colombiana, evaluaba a sus compañeros de generación con estas palabras: “culturalmente los colombianos andan equivocados de rumbo. Una generación de bobitos... oímos nuestras propias voces y las ajenas en una torpe algarabía que nos impide oír los llamados de nuestra América”. El reportaje creó revuelo entre los intelectuales de su época. ¿Tal crítica no podría servirnos hoy como autocrítica? En Colombia, los intelectuales no nos habremos convertido de nuevo en “una generación de bobitos” pues nos lo pasamos oyéndonos unos a otros recluidos en congresos y simposios, en investigaciones, muchas veces al margen de las verdaderas necesidades del país ¿Es esto realidad o ficción?

B. Crisis de identidad y liderazgo: los intelectuales públicos, es decir, aquellos cuyo quehacer opera como referente en el debate y en la formación de opinión ciudadana, quienes ejercen la orientación intelectual de la sociedad, se encuentran en crisis. Nuestra tarea está revaluada. A la juventud hoy no le interesa oír a sabios y eruditos que le digan qué hacer, cada uno se comporta como mejor le parece. Es una crisis de identidad y liderazgo. Las nuevas generaciones están desafiando a sus intelectuales a ser fieles a su esencia, tal vez nos perciben muy desteñidos y poco retadores.

C. Ausencia de protagonismo: el protagonismo del intelectual comprometido de los años cincuenta y sesenta ha quedado atrapado por las incertidumbres de la llamada sociedad globalizada, que se expresa en la crisis de los modelos interpretativos holísticos. Crisis de sus tres características fundamentales: la interpelación a la opinión pública, el distanciamiento o ruptura frente al poder estatal y el recurso a la acción colectiva (actor colectivo que se expresa no sólo a través de la escritura y la representación, sino a través de la movilización). Ausencia de los intelectuales críticos en la arena pública, podemos preguntarnos ¿tenemos en Colombia unos partidos sin *intelligentsia* o una *intelligentsia* sin partidos?

D. Estamos muertos de miedo: a los intelectuales se les intimida hoy, no tanto por estar de un lado o del otro, sino por no querer estar ni con el uno ni con los otros. Déficit de intelectuales en los actores armados, déficit de intelectuales en el Establecimiento, déficit de intelectuales en la sociedad civil. Cuando más Colombia los necesita para aportar ideas, controvertir y ayudar a reinventar la Colombia que queremos, la que en últimas tendremos que construir todos, no deja de ser dramático que el papel de los intelectuales se opaque a consecuencia de la guerra y la violencia.

E. El silencio de los intelectuales: pensar es una actividad de alto riesgo en Colombia. A manera de ejemplo destacamos el sinnúmero de periodistas asesinados en los últimos años. El silencio de los intelectuales en Colombia por acción o por omisión, por las amenazas y coacciones es triste. Como escribía un pensador: “el grito de las universidades y centros de investigación a los actores envueltos en el conflicto armado, cualesquiera que sean sus pretensiones y justificaciones debería ser: ¡que el pensamiento deje de ser objetivo militar!” (Sánchez, 1999: 37).

F. Nos estamos ahogando: los sorprendentes avances de las disciplinas durante las últimas décadas nos ahogan y muchas veces nos alejan del pensar nuestras realidades y problemáticas. Optamos por estar al día en nuestras ciencias, crear nuevos conocimientos, pero somos extraños a lo que ocurre en nuestro entorno. No tenemos una palabra que decir. Nadie nos escucha, porque nos acostumbramos a nuestros silencios.

G. Fuga de cerebros: es más prometedor en cuanto a bienestar y calidad de vida el aceptar las tentadoras propuestas de universidades y centros de investigación de otros países que quedarse en el nuestro. Quien decide permanecer o regresar al país es porque ha hecho la opción por el “buen vivero que es Colombia” del dicho popular y no porque disponga siempre de las condiciones óptimas que le permitirán desarrollar su talento de intelectual. La tierra “tira” dice nuestro sabio pueblo.

H. La economía del intelectual: este es un factor determinante y que influye poderosamente en el desarrollo y protagonismo de los intelectuales en Colombia. Si no se tienen resueltas con holgura las necesidades económicas y no se dispone de los recursos monetarios suficientes difícilmente un intelectual puede forjarse como tal. Sin independencia económica no hay libertad de actuación y de creación. Si para subsistir el intelectual depende absolutamente, como en la edad media, del mecenazgo de una persona, de un grupo o de una institución su labor queda bastante supeditada a quien le proporciona los recursos. En nuestro mundo contemporáneo gracias a la generalización de la cultura y al aumento del poder adquisitivo, se ha creado un mercado

suficientemente amplio para permitir que autores e intelectuales puedan ser más independientes.

Seguramente hay otras causas y posibilidades de interpretación y análisis para darle respuesta a la pregunta ¿qué pasa con nuestros intelectuales? El debate está todavía abierto y difícilmente se podrá cerrar. Mientras haya insatisfacción e inconformismo con el rumbo del país y su realidad, siempre habrá campo de cultivo apropiado para que las semillas de nuevos intelectuales germinen y den abundantes frutos.

Concluamos este apartado con otra pregunta parecida “¿Dónde están los sabios en nuestra cultura?”, aquellos quienes encarnan la “sabiduría” entendida tanto como conocimiento profundo de la realidad como compromiso con una vida auténtica. Es el interrogante que se propone Mónica Cavallé (2006:63 - 64) y sobre el cual filosofa así: “Una sociedad sin sabios es una sociedad que se dirige hacia ninguna parte. Ahora bien, ¿dónde ha quedado en Occidente la figura del sabio? ¿Dónde están los sabios en nuestra cultura? Sin duda los hay, sin duda serán muchos los sabios anónimos; pero ¿cuál es su lugar dentro del tejido social? ¿Qué espacio visible ocupan desde el que su conocimiento pueda irradiarse? No hablamos de espacios institucionales u oficiales, en los que el verdadero sabio nunca buscaría su legitimidad... Hablamos de un espacio arquetípico, de un espacio simbólico reconocible por todos... ese espacio existía. Los sabios tenían voz. Su autoridad era reconocida por la mayoría; y era su propia autoridad –no ningún tipo de título o privilegio– la que, difundida de boca en boca, los convertía en meta de los que buscaban el conocimiento. Los sabios eran buscados y hallados. Se sabía dónde escucharlos... eran sabios... en tanto seres humanos comprometidos con la verdad”.

¿QUIÉNES SON LOS INTELLECTUALES?

Antes de aproximarnos a su definición es importante hacer algunas distinciones que nos permitan no ser mal interpretados. Al hablar de los intelectuales como una “élite” para nada estamos pensando en una clasificación de las personas en donde unos cuantos privilegiados son los inteligentes, poseen el conocimiento y por tanto se convierten en superiores a los demás y, como lógica consecuencia, el resto son unos “pobres ignorantes”. De ninguna manera. Nuestro discurso se inscribe dentro de una concepción que considera que todas las personas son “intelectuales” y aquello que las diferencia son los saberes distintos que manejan y las funciones que ejercen. Quienes no han podido acceder a los procesos formales de educación poseen un saber y una sabiduría que incluso es a veces más profunda que la de quienes detentan un título de postdoctorado. Todos podemos apren-

der unos de otros porque poseemos información, conocimientos, saberes múltiples y diversificados,⁴ de donde se desprende que todos tenemos igual responsabilidad con la transformación del país.⁵

Por tanto, valoramos en igualdad de condiciones a las gentes del pueblo como a quienes acá denominamos intelectuales. No olvidemos que ante Dios y ante la ley todos somos iguales, pero las culturas, los saberes y los roles son distintos. También somos conscientes que quienes han tenido más posibilidades de acceder a los niveles más altos de estudio formal y, por ello, detentan el poder del conocimiento científico, en esa misma medida son más responsables ante la sociedad y ante el país. Es justo que quienes han podido formarse gracias a los impuestos que todos pagamos, incluso en las mejores universidades del mundo, se les exija cuenta de cobro por parte de quienes no han tenido esas posibilidades.

Otro elemento a tener en cuenta es que consideramos tan intelectual al bendecido por las posibilidades de estudio y formación, como al autodidacta que se ha hecho a pulso, ganándose el reconocimiento del mundo de la academia por su creatividad y producción intelectual, por su libertad y su pensamiento. En este último sentido, por ejemplo, se rescata en el país la figura del “hombre que no tenía títulos” el maestro Estanislao Zuleta como pensador moderno (Vallejo, 2006).

Habiendo hecho estas aclaraciones entremos finalmente en materia. Los intelectuales constituyen una categoría social de difícil precisión. Podemos considerar a los intelectuales como los creadores, intérpretes y comunicadores de saberes y cultura, es decir los articuladores del mundo simbólico de las personas. Su tarea primordial es ejercer como actividad principal y permanente la cátedra, la investigación, la producción de conocimiento, la producción de opinión, el modelamiento de la cultura y, desde luego, su impacto político, entendido éste, como una reflexión y compromiso sobre lo público.

Hoy asistimos a la redefinición de su papel tras la búsqueda de su identidad. ¿Cuál es su rol en la sociedad colombiana contemporánea? Es necesario hoy un gran debate sobre sí mismos, su devenir y la resignificación de su intervención social ya que los intelectuales se constituyen como tales en lo público. La debilidad orgánica de la sociedad civil va pareja con la debilidad orgánica de las capas intelectuales.

Nuestra universidad podría plantear seriamente una política de formación, ampliación y renovación de las élites intelectuales que el país requiere afanosamente, máxime en el contexto actual de rápida internacionalización de los saberes y las tecnologías.

Para ganar en comprensión distingamos al intelectual del: científico, erudito, culto, profesor, tecnócrata, filósofo y artista.

Científico: es el productor de un saber especializado constituido en un sistema llamado “ciencia”. Cada vez sabe más sobre cada vez menos. Volcado sobre un segmento de la realidad, únicamente sabe de su especialidad.

Erudito: es aquella persona que acumula un saber enciclopédico extraído de los diferentes campos del saber, no produce propiamente un saber nuevo, a no ser mediante una *ars* combinatoria de los elementos ya conocidos. El erudito es la persona del libro, de la curiosidad intelectual, consumidor insaciable del mercado de los bienes simbólicos.

Culto: es quien saborea el saber en aquello que revela de humanismo y de sentido de la vida; es degustador de la cultura a quien se halla ligado en una dimensión de desinterés y reconocimiento del valor del saber por el saber, en cuanto que es manifestación de la verdad y de la contemplación del sentido de la misma. Es el que acrecienta su erudición, su apreciación y su juicio.

Profesor: es el administrador de un saber acumulado. Al profesor no se le pide que sea un productor de saber, sino un transmisor del mismo, aun cuando haya muchos productores de saber que además son profesores dentro del enfoque contemporáneo “se es profesor porque se es investigador”.

Tecnócrata: es el operador del saber en función del poder; cada sociedad tiene su cuerpo de peritos al servicio de las decisiones del *establishment* del aparato del Estado o de los grandes aparatos productivos de la sociedad civil. Es la persona del *savoir-faire*, que pone el acento en el aspecto del hacer y de la operatividad, que busca la eficacia, bien sea para conservar o para transformar.

Filósofo: es el que reflexiona sobre el ser que se trasluce en todos los entes concretos (mundo, sociedad, el otro y Dios). Su verdadero lugar es el lugar filosofante, que consiste en repensar constantemente los propios fundamentos, cuestionar los propios supuestos, a base de reformular una y otra vez las viejas preguntas, que se hacen nuevas al ser una y otra vez respondidas.

⁴ Paulo Freire (1974, 1993, 2009) sigue siendo el mejor referente en este punto. Quien desee ahondar sobre la cuestión debe abordar las obras ya clásicas que del autor reseñamos al final en la bibliografía.

⁵ El Hermano peruano Noé Zavallos (1981, 1985, 1991) es quien desde la óptica lasallista mejor ha tematizado las categorías doctos-pobres, eruditos-pueblo dentro de una relación liberadora y al servicio de la transformación social. Quien desee profundizar en dichos conceptos lo invitamos a leer y estudiar sus obras que reseñamos al final en la bibliografía.

Artista: es el trabajador de la belleza, la belleza escrita en palabras, en colores, en notas musicales, en volúmenes y formas, en expresión corporal, etc.

Entonces ¿quién es un intelectual? Es una especie de “epítome” de los diversos ejercicios del espíritu; puede ser un científico, un erudito, una persona culta, un profesor, un tecnócrata, un filósofo, un artista... En cierta manera, está más allá de cada una de esas determinaciones. El intelectual tiene que ver con la inteligencia (*intellectus*). “Inteligencia” no es sinónimo simplemente de “razón”. Etimológicamente, la razón hace referencia a contar, enumerar, analizar, dar explicación de los fenómenos analizables. La “inteligencia” se refiere a algo más profundo: a la capacidad de intuir y leer en el interior de la realidad (en latín, *intus-legere*) un sentido y un valor. El intelectual es la persona de la totalidad, más que del fragmento; de la síntesis, más que del análisis. El intelectual no renuncia a la razón ni a los conocimientos científicos. Al contrario: deberá poseerlos con una cierta profundidad; él no es un especialista, pero sí es alguien sólidamente orientado en los distintos campos del saber.

El intelectual transita por los diversos campos. Se sitúa al nivel de las preguntas fundamentales, unas veces evoca como un poeta, otras raciocina como un especialista, otras advierte como un moralista, otras universaliza como un humanista, otras adopta un tono sacerdotal y otras extrapola como un místico. El intelectual tiene una función orgánica, su compromiso es con la verdad, que ha de ser pensada y testimoniada por encima de cualquier conveniencia; la ignorancia y el enmascaramiento no ayudan a nadie y perjudican a todos. El intelectual es el guardián de los grandes ideales de la humanidad, que no se preocupa tanto de los cómo cuanto, sobre todo, de los por qué.



FUNCIONES DE LOS INTELLECTUALES

Todos somos intelectuales, en la medida en que la persona es un “ser inteligente”; cada uno fuera de su profesión despliega “una cierta actividad intelectual; o sea, es un filósofo, un artista, una persona de buen gusto, participa de una concepción del mundo, tiene una línea de conducta y por eso contribuye a sostener o modificar una concepción del mundo y a suscitar nuevos modos de pensar” (Quintana, 2000: 148). Lo que no todos hacen es ejercer la triple **función** de intelectual en la sociedad: función crítica, función de experticia y función de compromiso.

Función **crítica** por la cual tiene como tarea histórica el ser conciencia crítica de su época y de su sociedad, ejerciendo el espíritu de crítica e independencia frente a su grupo humano de pertenencia, a los poderes político, económico y espiritual. Función de **experticia** por la cual es competente en el saber pensar y hacer de su ciencia, lo que le dan autoridad y libertad, los cuales pone al servicio de la sociedad. Y, finalmente, función de **compromiso**, recuperando en toda su significatividad el calificativo de “intelectual comprometido”, posición existencial mediante la cual se vincula y transforma las prácticas y relaciones de poder concretas de la sociedad en la cual se haya inmerso.

Esta función triádica va en oposición directa con la función premoderna de los intelectuales, que consistió en legitimar a quienes detentaban el poder y ayudar a mantener y perpetuar el sistema de valores imperante en la sociedad. Su función primordial era legitimar y defender las instituciones. Leonardo Boff (1986) al reflexionar sobre el quehacer del intelectual, no habla tanto de funciones como de requisitos que el científico, profesor o artista necesitan cumplir para que se le considere un intelectual, ellos son:

- **Distanciamiento:** es propio del intelectual un cierto grado de desvinculación de la realidad en la cual vive; se aleja de ella y la contempla desde una visión más alta. El intelectual no es hijo únicamente de su tiempo, sino de todos los tiempos; no considera la realidad exclusivamente desde el juego de intereses del presente, sino en sus raíces pasadas y en su apertura al futuro. Supera el aislamiento de los diversos saberes y percibe si están ordenados o no a un sentido humano.
- **Crítica:** el intelectual es esencialmente un crítico. El crítico juzga, discierne y desenmascara. Son esenciales al intelectual la reflexión independiente y la libertad, que le permiten ensanchar la base de sus informaciones y sus juicios.

- **Compromiso:** el intelectual no vive en las nubes, sino que es un actor social que participa de la composición de fuerzas sociales y posee un lugar social, desde el que elabora su visión; es aquí donde se sitúa su compromiso histórico. Es ingenuo pensar que pueda existir el intelectual puro, desvinculado de las fuerzas sociales. Hay intelectuales que mediante su práctica intelectual (simbólica) refuerzan la conservación del status quo y hay otros que secundan los movimientos portadores de alternativas sociales, revolucionarias y libertarias.

Profundicemos un poco el significado de la función o requisito denominado **compromiso** que tal vez se constituye en la quinta esencia del ser del intelectual. Ayudémonos con otra pregunta ¿Cuáles son los retos del intelectual comprometido y responsable? Al respecto Botero (2002) es sugestivo en su propuesta.

- **¿Compromiso con la teoría o compromiso con la transformación del entorno?**

Utilizar el conocimiento para la transformación de las sociedades, es ver la relación entre saber y poder, desde esta perspectiva la intervención del intelectual es política. Desde lo humano no hay posibilidad alguna de elucubraciones alejadas de la vida. La síntesis se efectúa en un compromiso con lo humano. La investigación debe buscar, además de hacer avanzar el conocimiento, estudiar y solucionar los problemas de los pueblos, intervenir en la realidad.

- **¿Compromiso con la producción académica o compromiso con la vida pública?**

¿Cómo medimos al intelectual? Por su productividad en la esfera cultural (por ejemplo por el número de obras publicadas) o por las repercusiones de su actuar en la vida pública. Si la posición es excluyente tendríamos intelectuales mudos, de no-acción, en cuanto a lo público; y estériles en cuanto al compromiso intelectual, elogiándose y premiándose mutuamente sus realizaciones y descubrimientos.

En los momentos de crisis institucional es cuando se la han jugado de mejor manera los intelectuales. Algunos casos arquetípicos son Sócrates, Platón y Aristóteles, los grandes hombres del pensamiento occidental que debieron afrontar la crisis de la polis ateniense y para ello meditaron sobre temas políticos e inculcaron en su pueblo sabias recomendaciones. Siendo pensadores, no fueron ajenos a los problemas políticos y económicos de sus ciudades.

El dilema se resuelve si vemos al intelectual responsable con el porvenir, allí el papel político del intelectual es fruto de

la aceptación de sus responsabilidades (desde lo macro hasta lo micro) con las generaciones por venir. La visión que del porvenir debe hacerse el intelectual será una **visión responsable**, en el sentido de que debe responder con razones a la anticipación de las problemáticas por venir.

- **¿Compromiso con el silencio o compromiso con la facultad de decir-verdad?**

El intelectual debe ser un guerrero que proclama a los cuatro vientos la verdad. La exigencia del compromiso en el científico, en el filósofo o en el artista sólo puede ser asumida seriamente por hombres valientes y arriesgados, inmersos en los contextos de sus épocas pero no dominados por ellos. La valentía que los cubre los arropará contra el miedo de decir-verdad, valentía que surge de la convicción y la responsabilidad, incluso arriesgando con ello su propia vida.

Así surgen voces que inquietan, otras que asustan, pero al fin de cuentas voces a las cuales se escucha con alguna atención; son las voces de los intelectuales, que en varias oportunidades deben abandonar su febril refugio para asumir esa no fácil función de perturbar la “conciencia pública” haciendo “uso público de la razón”, aprovechando para ello la credibilidad que todavía conservan.

- **¿Compromiso con la marginalidad o compromiso con la intervención?**

Un peligro de los intelectuales es **marginarse de la sociedad**. El trabajo intelectual tiene sentido si sus resultados pueden ser inscritos en “luchas reales”, en la pasión por construir un mundo nuevo y lograr la metamorfosis de la sociedad. No se quedan reducidos a la divisa del simplemente “el arte por el arte” o “la ciencia por la ciencia”.

Ser reconocido como intelectual no es fruto del otorgamiento de título honorífico alguno, y menos de honrosa distinción del estado. El colectivo social es quien lo reconoce. Pero hay más de un gobernante interesado en que los intelectuales vivan marginados, retirados en sus actividades exclusivamente científicas. Los filósofos, los artistas y los científicos atrapados por las confrontaciones en que se ven inmersos, no deben perder la autonomía que les permita ejercer una función orientadora en medio de la crisis. Deben evitar el ser una “conciencia cautiva”, seguramente inconforme pero al mismo tiempo pasiva y resignada.

- **¿Compromiso con la clandestinidad o compromiso con la visibilidad?**

Otro peligro para los intelectuales es **marginarse de la propia universidad**, vivir ocultos. No es sano para una nación que

sus intelectuales se retiren de su tarea de formadores, para ubicarse en centros especializados de investigación, con el único fin de producir, a menudo con alta calidad, conocimientos, pero sin el compromiso de educar en ellos a las nuevas generaciones. Es la tentación del intelectual de aislarse en el trabajo académico o artístico. La intelectualidad debe estar más que comprometida con la multiplicación y la reproducción en los intermediarios culturales llámense universidades, colegios, galerías, tertulias, clubes, asociaciones científicas, medios de comunicación, entre otros.

EL PLUS QUE APORTA EL INTELLECTUAL CATÓLICO

Si colocamos frente a frente a los intelectuales entre sí, a sus grupos de pertenencia y a sus obras, la característica más sobresaliente que los identifica es su libertad para no dejarse encasillar ni rotular. Tal vez es su bien máspreciado. Los intelectuales y sus producciones son libres como el viento y ello les proporciona autoridad e independencia frente a las ideologías, a las instituciones, a los diversos poderes. Entonces cómo hablar del intelectual desde una perspectiva religiosa reductiva. El asunto no es cuestión de encapsulamiento sino de opción personal. Un intelectual es agnóstico o católico, neoliberal o de cualquier otra denominación religiosa o política porque sus mismas búsquedas lo van llevado a ser un convencido y defensor de lo que piensa y ama. Nada ni nadie puede obligar a un intelectual católico u de otra denominación a serlo o no.

Por tanto, al referirnos a los intelectuales católicos en nuestra Universidad no estamos pensando en un grupo numeroso, mucho menos en todos los que integran su cuerpo científico-académico, pensamos en un pequeño resto de convencidos, en una minoría de seguidores del Señor Jesús, que así lo han decidido. Ser intelectual católico es una opción de vida hecha dentro de la libertad de los hijos de Dios que propone el Evangelio, y que a su vez implica el respeto y acogida a otras maneras de concepción del mundo.⁶ Desafortunadamente en Colombia los intelectuales católicos son casos aislados que se han hecho a sí mismos. No son un grupo fuerte y de incidencia nacional porque tanto nuestra Iglesia como las universidades católicas no han sido adecuadamente propositivas a la hora de ofrecerle a los intelectuales oportunidades pertinentes a su nivel de actualización, profundización y compromiso en la fe. De igual manera, no son un grupo significativo dentro de la misma Iglesia, pues esta no ha promovido suficientemente un laicado adulto convencido y militante.

No deja de asombrar el constatar que cuando nuestra Universidad reúne lo más granado de su comunidad científico-académica en consejos, comités o asambleas y se presentan debates en donde cada uno expresa su lectura de fe

de los acontecimientos y de los proyectos institucionales, la pobreza teológica y la desinformación en cuestiones de fe son notorias. Mea culpa eclesial e institucional, pues hablan desde lo que se les ha dado, pareciera que su crecimiento en la fe quedó estancado en la catequesis que recibieron de primera comunión o confirmación cuando eran niños, o en el cursillo prematrimonial. Claro, hay que decirlo también, se cuenta con honrosas excepciones. Sin embargo, percibimos en la mayoría un sustrato formativo religioso poco sólido que no les permite dar razón de sus convicciones religiosas en igualdad de condiciones frente a los debates de frontera de las ciencias, del pensamiento y de la política en la cual se encuentran inmersos a diario. He aquí un espacio importante a cubrir con procesos y ambientes que logren forjar una generación de intelectuales católicos a la altura de los requerimientos de la Colombia del siglo XXI.

Ya hemos dedicado un buen espacio a responder la primera pregunta con la cual comenzábamos este escrito ¿Qué significa ser un intelectual? Ahora nos queda por abordar la segunda ¿Tiene algún sentido el ser un intelectual católico hoy? Lo primero que tendríamos que manifestar para ser coherentes con lo expuesto hasta el momento es que el intelectual católico primero es intelectual y después católico y no puede ser lo segundo si previamente no vive todas las características que le hemos atribuido en este artículo al intelectual sin más.

Sigmund Freud analizando el sentido de ser de los intelectuales consideraba que la intelectualidad no era otra cosa que una defensa. Para él, el esfuerzo intelectual de una persona no era más que un sutil medio para escapar a conflictos no solucionados de su vida instintiva, que en lugar de llevarlo a un conocimiento de la realidad, lo único que haría sería engendrar una serie indefinida de racionalizaciones para ocultar sus debilidades profundas (Baum, 1975). Provocadora intuición que por ahora dejamos en manos de los profesionales del psicoanálisis. Si bien este aporte de Freud nos ayuda a sospechar de la tarea de los intelectuales y pensarla con mayor profundidad, desde otras perspectivas también hay elementos que enriquecen su sentido. Es el caso de la mística y espiritualidad de nuestra religión la cual ofrece al intelectual variados elementos que potencian su identidad y que lo configuran como intelectual católico. Señalaremos tan solo algunos muy importantes: trabajo intelectual como vida espiritual, la sabiduría bíblica como ideal de vida, talante profético como mística, discernimiento evangélico y coherencia de vida, intelectual comprometido y testigo de trascendencia.

⁶ El número monográfico de la revista internacional *Concilium* 101 de 1975 "Los intelectuales en la Iglesia", es un sólido referente para quien desee iniciarse en el tema desde la perspectiva teológica y, más específicamente, desde la sociología de la religión.

El intelectual católico hace de sus investigaciones, de su trabajo en el laboratorio, de su labor docente, de su creación de obras, el espacio propicio donde traduce en vida: “Grandes son las obras del Señor, dignas de estudio para los que las aman” (Salmo 111, 2). Es allí en la inteligencia del fragmento de la realidad que estudia la palestra de donde surge una vida espiritual que lo acerca cada vez más a la comprensión del misterio de Dios que se revela en la creación entera.

La sabiduría es maestra de vida en el sentido bíblico, ella educa al sabio y a quien busca la sabiduría, hasta hacerle entender que el principio de la sabiduría es la comprensión del Señor. El sabio bíblico es quien ha llegado a descubrir la íntima relación que existe entre la Sabiduría y Dios: “Los que la aman, aman la vida; los que la buscan obtienen el favor del Señor. Los que la poseen heredarán la gloria del Señor y vivirán en su bendición. Los que la sirven, sirven al santo, el Señor ama a los que la aman” (Eclesiástico 4, 12-14).

Por principio, el intelectual católico está automáticamente de lado del “progreso”, de la “reforma política”, también de la “profecía”, que hablan a favor de la verdad, de la justicia o del bienestar humano. El profeta anuncia, denuncia y renuncia. Renuncia a posiciones cómodas y tranquilas que no le permitirían ejercer la crítica constructiva de sus contemporáneos. Denuncia todo aquello que va en contra de los valores más altos del espíritu humano. Anuncia tiempos y posibilidades nuevas, sembrando esperanza en situaciones de violencia y conflicto. El intelectual católico es profeta que subvierte el orden establecido porque lo impulsa desde dentro el Espíritu del Señor que hace nuevas todas las cosas.

El intelectual católico no solo hace procesos excelentes de toma de decisiones, además discierne los signos de los tiempos y de los lugares para descubrir en ellos los llamados del Dios de la vida, del Dios de los pobres, del Dios de la historia, del Dios del Reino, del Dios siempre joven, revelado por Jesús, que lo compromete (Rodríguez, 2006). No solo se pregunta qué es lo mejor que tiene que hacer en este aquí y ahora, sino además, se interroga qué es lo que Dios quiere que haga. Discierne siguiendo los criterios del evangelio y así se esfuerza por una coherencia entre lo que piensa y hace, entre lo que dice y actúa.

El intelectual católico es un testigo de trascendencia en medio de su mundo de cultura y ciencia. Es quien señala un más allá porque lo ha tocado y visto en el ejercicio del haber sido creado creador. En sus descubrimientos y en

sus avances científicos encuentra su grandeza y su miseria. Se aproxima a Dios a quien no ve, pero lo percibe en lo micro y macro del universo. Es pues un orante, quien dialoga cara a cara con su creador, es un místico de la ciencia y del saber.

El intelectual católico lo será tanto más en la medida en que encuentre una religión vital y a su vez contribuya con su actitud crítica a que esta lo sea (Observatorio CELAM, 2005). Juega un rol preponderante en la confrontación crítica con la Iglesia a la que pertenece haciéndola así mantenerse dinámica y en tensión de cambio permanente. Intelectuales católicos que critican las formas de vida social, las estructuras y proponen desde la razón alternativas nuevas a la sociedad. Personalidades creyentes fuertes que saben dar razón de su esperanza en medio del clima intelectual de su época, que reinterpretan constantemente la tradición de fe recibida desde una reflexión crítica con la ayuda de los saberes que dominan.

Todo lo anterior genera indirectamente en el intelectual católico autoridad y libertad, autoridad entendida como la conjunción de prestigio social, competencia particular e integridad personal; y libertad comprendida como libertad de expresión, de publicación, libertad de conciencia, libertad con relación a toda presión económica o política. Así, el intelectual católico no perderá nunca el contacto con las fuentes de su vitalidad humana: la herencia del pasado y la experiencia de la sociedad actual; tampoco dejará de vivir una real adhesión a la fe unida a una presencia militante en el ámbito de la cultura.

Finalmente, no debemos olvidar que adelantar un itinerario de autenticidad como intelectual, y aún más, como intelectual católico, conlleva sus consecuencias. La censura, la reducción al silencio, el desprestigio, la persecución, el exilio, la cárcel, la clandestinidad, la tortura, la muerte, son el precio



que muchas veces se debe pagar por atreverse a cuestionar el orden establecido o señalar un horizonte nuevo. También en este caso la mística y la espiritualidad cristianas tienen en Jesús y en los primeros apóstoles paradigmas inspiradores de vida y acción.

A MANERA DE SÍNTESIS

Un ambiente: la Universidad de La Salle como comunidad educativa. Unos actores: los intelectuales católicos. Pregunta final ¿Cómo hacer la armonía entre los dos? Proponemos dos caminos: un ambiente de tolerancia y pluralismo y una actitud de dialogar/conversar.

En la Universidad de La Salle la tolerancia y el pluralismo son los que permitirán un clima que propicie la reflexión y el debate. Unos intelectuales católicos tolerantes y pluralistas hacen posible la misión de la Universidad. Pero no hay que olvidar que los colombianos por nuestra idiosincrasia no somos tolerantes y nos cuesta el pluralismo en la práctica. Teóricamente hasta lo aceptamos y lo proclamamos, pero a la hora de la controversia y al momento del disenso, somos radicalmente lo contrario.

Crear dentro de la cultura institucional las mejores condiciones para la tolerancia y el pluralismo es tarea que se viene construyendo en los últimos años. Comienzan a surgir los espacios y los ambientes para el diálogo de saberes y disciplinas, van aflorando los proyectos interfacultades, se consolida una consciencia en el profesorado y en el estudiantado que a esta universidad pueden venir los políticos, pensadores, científicos, artistas, líderes religiosos, en fin, intelectuales de cualquier tendencia y se les escucha con respeto y se les controvierde con el poder de los argumentos.

En la Universidad de La Salle se visualiza la religión como un elemento dinámico dentro de la sociedad y a los intelectuales católicos como líderes indispensables para su transformación, por ello, trata de crear un ambiente de investigación libre y abierto en donde los intelectuales católicos y las comunidades científico-académicas propicien lo comunicativo / lo discursivo. No puede pensarse que pueda existir una comunidad de intelectuales católicos sin el diálogo, sin la posibilidad de abrirse a los otros por la comunicación.

En la universidad fluye el conocimiento, para lo cual se necesita hablar. El capital más entrañable de la universidad es el conocimiento, que solo puede darse por la conversación. No es tanto el hecho de enseñar cuanto de conversar lo que justifica la universidad: se dialoga con los textos y los autores, con la tradición, con los profesores y los estudiantes, para lo cual se requiere el ambiente de comunicación no violenta (D'Ansembourg, 2003), fluida y asertiva.

Es en las comunidades científico-académicas donde es posible hacer realidad todos estos ideales. En ellas el intelectual católico se hace investigador tolerante, pluralista, mediado por un diálogo constructivo e interdisciplinar con otros intelectuales. Nuestra Universidad se encuentra en un momento histórico de transformación y creatividad, el futuro que está diseñando no existe hasta que no sea realizado, es necesario imaginarlo y edificarlo. En tal escenario los intelectuales y los intelectuales católicos de la comunidad educativa lasallista están llamados a jugar un papel de primer orden, para que poco a poco surja la nueva Universidad en su más profunda esencia: espacio y ambiente de encuentro entre las personas, la ciencia y la sociedad; y a no dudar, en nuestro caso, con el Dios de la vida y con nuestro Señor Jesucristo.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. CONCILIUM 101. Revue internationale de théologie. "Les intellectuels dans l'église". Editions Beauchesne. Paris. 1975.
- AA.VV. "Los intelectuales y la política" Colección temática Análisis Político. Universidad Nacional. Fica. Bogotá. 2003.
- BAUM, Gregory. "La vocation des intellectuels dans l'église" Concilium 101. "Les intellectuels dans l'église" Revue international de théologie. Éditions beauchesne. Paris. 1975.
- BODIN, Louis. "Les intellectuels" Que sais-je? No 101. París. 1962.
- BOFF, Leonardo. "¿Qué es ser un intelectual y un pensador cristiano hoy?" en "...Y la Iglesia se hizo pueblo. Eclesiogénesis: la Iglesia que nace de la fe del pueblo" Colección Teología 7. Edicay. Cuenca. 1986. Pág. 227-252
- BOTERO BERNAL, Andrés. "El papel del intelectual: pasado, presente y futuro inmediato". Editorial Universidad de San Buenaventura. Medellín. 2002.
- CALDUCH-BENAGES, Nuria. "La escuela de la sabiduría: lectio divina sobre Sirácida 4, 11-19" Lectio Inauguralis Departamento de Estudios Religiosos. Universidad de La Salle. Bogotá. Colombia. Septiembre de 1997.
- CAVALLÉ, Mónica. "La sabiduría recobrada". Mr. ediciones. Madrid. 2006.
- CRUZ, Manuel. Introducción: Ana Harendt, pensadora del siglo. 1992. en ARENDT, Hannah, "La condición humana". Paidós. Barcelona. 2005.
- D'ANSEMBOURG, Thomas. "Deja de ser amable: ¡Sé auténtico! Cómo estar con los demás sin dejar de ser uno mismo". Sal Terrae. Santander. 2003.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. "Los elementos del desastre" Reportaje. El Espectador. Marzo de 1954. En "Entre Cachachos" Obra periodística 2. Editorial Normal. Bogotá. 1997. Pág 92- 96
- GARCÍA TOBÓN, Carlos. "Los guerreros de terracota y la cultura china". En "Los guerreros de terracota: un ejército in-

- mortal" Catálogo. Museo Nacional de Colombia y Revista Cambio. Bogotá. Junio 15 – Septiembre 10 de 2006.
- Observatorio CELAM. "Católicos y políticos una identidad en tensión" Colección Quinta Conferencia. Realidad Social 2. Impresiones Javegraf. Bogotá. 2005.
- FREIRE, Paulo. "Pedagogía del Oprimido". Siglo XXI Editores Argentina. 1974.
- FREIRE, Paulo. "Pedagogía de la Esperanza". Siglo XXI Editores Argentina. 1993.
- FREIRE, Paulo. "Pedagogía de la Autonomía". Siglo XXI Editores Argentina. 1997.
- LILLA, Mark. "Pensadores temerarios. Los intelectuales y la política" Colección otras voces. Debate. Mondadori. Caracas. 2005
- QUINTANA, Eduardo. "Aproximación a Gramsci". Ediciones de la Universidad Católica de Argentina. Buenos Aires. 2000.
- QUINTERO, Marieta y RUIZ Alexander. "¿Qué significa investigar en educación?" Fondo de Publicaciones Universidad Distrital. Bogotá. 2005.
- RODRÍGUEZA, Álvaro, Fsc. "Vino nuevo en odres nuevos" Palabras de Clausura de la Asamblea Internacional. Roma 4 de Noviembre de 2006.
- SÁNCHEZ GOMEZ, Gonzalo. "Intelectuales... poder... y cultura nacional". Análisis Político. Universidad Nacional de Colombia. No 34. May-Ago de 1998. Pág 115-138
- SÁNCHEZ GÓMEZ, Gonzalo. "Los intelectuales y la política". Análisis Político. Universidad Nacional de Colombia. No 38. Sep-Dic de 1999. Pág 35-39
- URREGO, Miguel Ángel. "Intelectuales, Estado y Nación en Colombia" Universidad Central. Siglo del Hombre Editores. Bogotá. 2002.
- VALLEJO MORILLO, Jorge. "La rebelión de un burgués. Estanislao Zuleta, su vida". Editorial Normal. Bogotá. 2006.
- WEILER, Anton. "Les intellectuels dans l'église. Aperçu historique" Concilium 101. "Les intellectuels dans l'église" Revue internationale de théologie. Éditions beauchesne. Paris. 1975.
- ZEVALLLOS, Noé. "Espiritualidad del desierto, espiritualidad de la inserción" Indo-American Press Service. Colección Iglesia Nueva No 61. Bogotá. 1981.
- ZEVALLLOS, Noé. "Actitud itinerante". Editorial Labrusa. Lima. 1985.
- ZEVALLLOS, Noé. "Apuntes para una antropología liberadora". Asociación Editorial Stella. Lima. 1991.
- ZEVALLLOS, Noé. "Vayan y evangelicen". Asociación Editoiral Stella. Lima. 1991.